

federacion que lleva el mismo nombre, y podria serlo de un imperio como México, Guadalajara y Valladolid, capital de Michoacán, tanto así brillan en ella los hermosos edificios y las magníficas plazas: tanto así reboza en riqueza territorial, y se distingue por establecimientos de pública utilidad.

Acaba de abrir una gran escuela gratuita, en donde halla la juventud una educacion completa, desde los primeros rudimentos de la enseñanza mutua hasta la latinidad, las matemáticas y la filosofía. La juventud entera dirigida por el celo verdaderamente patriótico, y por consecuencia, puramente religioso del Reverendo *D. Antonio María de la Rosa*, esclarecida por sus profundos conocimientos, y animada por su dulzura y sus maneras las mas seductoras, ninguna necesidad tiene de buena voluntad ni de docilidad para llenar su objeto.

Este hombre distinguido, tiene reunida en el mismo local que es vasto y bien distribuido, una Academia de bellas artes tambien gratuita. Esta Academia es una nueva má-

gia filantrópica, que poniendo á los jóvenes en contacto con lo bello y lo sublime, despierta su emulacion, é inflama su deseo de pasar de la instruccion de primera necesidad á la del lápiz, pincel, buril &c.: la de mostrarse dignos de entrar en el templo *delle tre arti sorelles*.

Esta institucion es hija del génio y alma sublime de aquel venerable eclesiástico, y al noble ejemplo de su generosidad, todos los ciudadanos notables, el congreso mismo, cuyo presidente es, se apresuran á auxiliar sus proyectos. Prospera, y un dia será un monumento ilustre de su ilustre fundador.

Yo veia en las Iglesias y en las casas particulares, hermosos cuadros y bellas esculturas en madera, y se me decia que eran de pinceles y buriles criollos: sentia no poderme proporcionar el placer de ocuparme de esto para procurarme una pequeña ojeada histórica de las artes y artistas de aquella distinguida ciudad; pero el Reverendo Padre, tanto del pueblo como de los estrange-

ros quizo ayudarme por sí mismo, y en pocas páginas me proporcionó todo cuanto yo deseaba conocer. Este escrito es una pieza llena de gracia, de elegancia y de elocuencia, y de una crítica á la vez, profunda é imparcial: su estilo modesto, tranquilo y fluido, hace amable la lengua española. Es un trozo de gran precio que sentiria yo perder, y que conservaré siempre con orgullo como un gaje de la bondad de aquel ilustre personaje: os acompaño una copia muy fiel (*). Esta remesa es la única que entre todas las que os he hecho incluso mis cartas, merece en mi sentir vuestros agradecimientos.

¡Hé aquí, condesa, un sacerdote como sería necesario que fuesen muchos! Y no creáis que oculta como tantos otros clérigos y frailes, sus sentimientos liberales al yunque del fanatismo y de las reacciones! No, condesa, sus manos de paz jamas empuñaron las armas de la guerra; jamas se ha alejado de los deberes del sacerdocio; predicando el bien que

(*) Véase al fin del volumen la nota 10.

hace, y haciendo el bien que predica, ha servido mejor á su pais que aquellos clérigos y frailes que impulsados por la irreligion ó por miras ambiciosas, cambiaron el breviario por la espada. Siempre moderado, sin dejar por esto de ser buen patriota, ha sido elevado á las primeras dignidades del Estado, porque la Iglesia le ama, el público lo admira, y todos los hombres honrados aprecian sus talentos y las altas cualidades de su corazón.

El Estado de Puebla, aunque nuevo como todos los demas y rodeado de obstáculos de todas especies, está ya muy adelantado en sus instituciones administrativas, judiciales y económicas.

Ningun otro Estado de la confederacion ha sido tan agitado por las convulsiones políticas, como este. Él era el foco principal de todas las intrigas, de todas las conspiraciones de los españoles contra-revolucionarios y el teatro de las reacciones que le siguieron. Gefes de facciones, bajo especiosos pretestos de defensa, entregaban el pais á todos los horrores de pasiones ávidas y parricidas.

Ultimamente todavía un tal *Vicente Gomez*, que durante la revolucion figuró ya como patriota; ya como sedicioso; ya como traidor; pero siempre como monstruo, recorria la provincia á la cabeza de una horda de malvados, fingiendo una sublevacion contra el gobierno, y pretendiendo darle la ley y forzarlo á espulsar á todos los españoles; y bajo tales pretestos llenaba al pais de asesinatos y rapiñas, y se apoderaba de todos los convoyes de Veracruz á México y *viceversa*, y saciaba las pasiones mas brutales y sanguinarias. Actualmente se ha retirado despues de una amnistía vergonzosa; pero restos de su gavilla y quizá él mismo, infestan aún estas comarcas y los caminos nacionales. Para daros de este hombre la idea mas exacta y del estado á que tenia reducido al pais, he transcrito un pasage del manifiesto del presidente del congreso, el Reverendo de la Rosa. Este es un fragmento digno de su elocuencia sublime y de su alma generosa.

“Sin otras luces, (*Gomez*) que una ciega inclinacion á los vicios mas degradantes for-

tificada por el ejercicio constante de ellos; sin otro título que su antojo y sin otro motivo que el desenfreno de su furor, osa intimar á la cara patria que renuncie á la posesion de sus libertades, y que se avece y encorve de nuevo bajo el yugo que gloriosamente quebrantó. ¡Estremo increíble de temeridad! ¡Loco arrojo que las voces no bastan á explicar en lo que incluye de absurdo, como la indignacion no alcanza á perseguir con la vehemencia debida á lo que tiene de pérfido! —¡Pretender que la ilustracion ceda su puesto al capricho de un rudo salvage! ¡Intentar que desaparezcan nuestras sabias instituciones, fruto de los costosos sacrificios de tantos años, nada mas que porque así place á un ruin y lascivo sátiro, á un feroz y despiadado cíclope!

“Vengad ¡ó pueblos! el oprobio con que os deshonra el soez tirano, que aspira á encadenaros, repeled con noble fiereza el vilipendio con que trata de abatiros; purgad vuestro delicioso territorio de ese infame monstruo, que do quiera que posa sus inmundas

plantas lleva consigo el llanto, el luto y la desesperacion."

Para concluir el retrato de este monstruo añadiré á lo dicho otro hecho histórico. Todos los españoles que caian en su poder durante la revolucion, escapaban con dificultad de su hierro homicida; mutilaba á aquellos que queria *indultar*, para que no pudiesen, segun decia, renovar su raza.

Antes de dejar á Puebla, debo decir una palabra acerca de su obispo. Es este un personage de mérito, muy distinguido por sus talentos, sus nobles maneras y su amabilidad: á tal extremo que se le acusa de *haber querido agradar á todo el mundo*.

Presidente de las cortes de España cuando Fernando volvió del mal colegio de Valencey, en donde como otros muchos *nada aprendió ni olvidó*; agradó á su soberano y fué nombrado obispo de Puebla, la ciudad que representaba y de donde solo era canónigo. Vuelto á su patria y á su puesto, se manejó bastante bien con todas las facciones que se sucedian. Imperialista con Iturbi-

de, centralista con los Alamán, los Bravo &c., es actualmente federalista con Victoria y Guerrero. Esta feliz conducta podria hacerle parecer un Epícuro como los sacerdotes de tantos otros paises, cuya enseña es *dum vivimus vivamus et in abundantia et laticia*; pero segun mis opiniones, es verdaderamente el hombre del Evangelio que se repite á cada nuevo meteoro. *Obedite prapropis vestris etiamsi discolis*, y sigue su ruta con sus ochenta mil pesos anuales con su gusto por las bellas artes y con su hermoso palacio de donde la sobrina no es el mueble ménos precioso.

Es ya tiempo de que nos separemos del principe Pignatelli, que no volveremos á ver quizá. Hícele aceptar todo aquello que mi situacion mas dichosa que la suya me permitia ofrecerle; tanto mas dichosa cuanto que mi valerosa independendencia hasta hoy, jamas se ha doblegado ni ante el ceño de los dichosos, ni ante la elevacion de los grandes, ni ante la necesidad. Nos abrazamos y no sin bañarnos con nuestras lágrimas. Partió él para

Oajaca.... Que el cielo lo bendiga.... Yo me dirijí para esta ciudad. (Tlascalca.)

Entre los pueblos que del Septentrion emigraron al Sur y vinieron á detenerse en el valle del Anáhuac ó de México, se encontraban tambien los teochichimecas.

Recibidos hospitalariamente por Xolotl, primer rey de Tescucoc, se fijaron primero sobre los bordes orientales del lago de este mismo nombre entre los tescucos, los xochimilcos, los colhuas, los tepanecas y los chalcos, pueblos que los habian precedido y que se habian ya establecido en diferentes naciones aunque su imperio no fuese mayor que la ciudad ó poblacion respectiva, cuyo nombre habian tomado de nuevo.

Sus necesidades crecian con su poblacion, y el país, árido en las riberas del lago y estéril, y peñascoso en las montañas, no proporcionaba sino una escasa pesca y no abundante caza. La necesidad de ensancharse inspiró celo á sus vecinos. Los tescucos por el contrario, ya poderosos y sin temor, los dejaban obrar y quizá los estimulaban á

alguna empresa para debilitar á las naciones vecinas y redoblar así sus propias fuerzas y su poder, apoderándose las de los otros segun la escuela del gabinete de Saint James. Los xochimilcos, colhuas, tepanecas y chalcos, caen en el lazo, se arman para destruir á los *teochichimecas*; pero la desesperacion y la necesidad combaten en las filas de estos últimos, animados por otra parte por las secretas seguridades de los tescucos. Atacan ántes de ser atacados, (porque cuando nada se tiene que perder, se tiene mas resolucion;) baten al enemigo en detall y triunfan.

Mas la fuerza de los *teochichimecas* ocasionaba la debilidad de los tescucos, y de aqui resultó que se hiciese entender á los vencedores su ultimatum, y que estos lo comprendiesen. Viéndose entónces entre dos enemigos y pudiendo convertirse de vencedores en vencidos, capitularon, obtuvieron paso y dando vuelta al volcan, fueron á terminar su espedicion sobre su derecha en los hermosos llanos que ya os indiqué desde la cima del campanario del nuevo Santuario de Cholula.

Allí se dividieron en dos colonias: una se encaminó hácia el Sur y pobló aquellas regiones que se estienden hasta el *Poyantecatl* ó el *volcan de Orizaba*: la otra se dirigió hácia el Norte á lo largo de la falda oriental de las montañas *Matlacuelles*, batió y arrojó á los *olmezas* y á los *xikalancas* antiguos habitantes de aquellos países, y se fortificó sobre una de sus montañas para resistir á las consecuencias del celo y temores que su arribo había despertado entre los pueblos vecinos, y principalmente entre los *huejotéincos* y *cholultecas*.

Parecia inevitable una lucha seria entre estos dos pueblos y los *teochichimecas*. Estos últimos pidieron socorro al rey de *Tescuco*, quien creyó que le convenia prestárselos: los *tepanecas* lo ofrecieron á los primeros, y al mismo tiempo enviaron á asegurar á los *teochichimecas* que nada harian en su favor. Animados por esta perfidia, y fuertes con la cooperacion de los *tescucos*, los *teochichimecas* sin tardanza atacaron con valor y resolucion. Los *cholultecas* y *huejotéincos*

fueron batidos y derrotados completamente. Esta nueva victoria los dejaba tranquilos en las tierras conquistadas; bajaron de la montaña y vinieron á fijarse primero en un punto que se llamaba *Tecptiacpac*, primer punto de su imperio, bajo las órdenes de su gefe *Gohuaghuiticuiltli* convertido en su rey. Su hermano al modo de los antiguos Césares dividió despues la soberanía del Estado, y fué á establecer su corte sobre otra altura que se llamaba *Ocotelolco*, (pequeña montaña del Pino.)

Los historiadores españoles llaman á este rey asociado *Theoyohualminqui*; pero un árbol genealógico, pintado en papyrus de maguey muy antiguo que he encontrado aquí en *Tlascalala* y que yo poseo, lo indica bajo el nombre de *Timamauthli*. Es verdad que aunque las figuras así como el papyrus sean de manufactura indiaña, el nombre escrito en caracteres latinos no puede haber sido trazado sino por uno de los primeros conquistadores, ó por algun indio neófito iniciado ya en nuestro alfabeto. Sea de esto lo que fuere, mas fácil era

al tiempo de la conquista inscribir el nombre de los antiguos reyes tlascaltecas, y mas cuando los historiadores españoles no escribieron sino mucho despues, y todos incurrieron en mil absurdos y contradicciones. Doy por lo mismo mas autenticidad á los nombres inscritos en mi árbol geneológico. Prosigamos.

Algunos señores de *Tecpeticpac*, poco satisfechos de su rey, se le separaron y fueron á formar otro reyno, (segun la moda de la época) en otra colina vecina llamada *Tizatlan*. Hicieron rey á un cierto *Tepolohuateculitli*. Dios les perdone sus nombres que me destrazan la boca. Finalmente, llegó otra colonia de sus compañeros de emigracion y de aventuras, que separándose de ellos despues de la batalla contra los tepanecas, los chalcos &c., habian tomado otro camino y tambien se habian formado su rey y su reyno: este con la denominacion de *Quiahuaiztlan*, y aquel en la persona de un tal *Mizquill*. Y hé aqui cuatro reinos que no distaba dos millas el uno del otro, con cuatro reyes semejantes á los vencidos por Abraham con sus trescientos

diez y ocho criados, que hoy podrian ponerse en una baraja.

No tardaron en conocer á mi modo de pensar, el ridículo de esta *Tetrarquía*; porque muy pronto se confederaron en República oligárquica, cuyos cuatro gefes erigidos en sucesion hereditaria, y formando una especie de dieta, deliberaban sobre la paz y la guerra, legislaban sobre las necesidades del Estado y juzgaban de la vida y muerte, y de los asuntos contenciosos de sus súbditos.

Sus vecinos los acusaron frecuentemente de *usurpacion*; y quizá esta circunstancia les inspiró la prudencia de evitar toda discordia intestina y de estrecharse mas por la union y la amistad. Respondieron luego, que su dios era quien les habia ordenado detenerse en aquel punto. Se pide prestada al cielo su jurisprudencia, cuando no se encuentra medio alguno de justificarse sobre la tierra: los egipcios hacian hablar á las ranas; Moisés, que ardiesen las zarzas; los griegos y los romanos, á gallos y cuervos; Constantino, su labaro; los Papas, á S. Pedro y S. Pablo; Mahoma, sus

pedazo de luna; los cápetos su oriflamo y tantos otros argumentos igualmente *irresistibles*. Hé aquí cómo se patrocina por la autoridad del cielo todo aquello que rechazan las leyes humanas y la moral. ¡Y en Inglaterra se ahorca al hombre que ha robado cinco guineas! No podría repetirse lo bastante:

Ille cruce sceleris pretium tulet, hic, diadema.

Después respondieron por el derecho del mas fuerte. Su República se estendió y prosperó, al grado de que después de México, era el Estado mas poderoso del Anáhuac. Entonces tomó esta República el nombre de *Tlascalala*, que quiere decir *tierra de pan*, de *abundancia* como otro Betleem; y aquellos pueblos, de teochichimecas que eran, se llamaron *Tlascaltecas*.

Esta República florecia al mismo tiempo que el imperio mexicano; quizá este fué el motivo de aquel celo que los animaba siempre, y de la irreconciliable enemistad de la una contra el otro hasta arrastrar á ámbos á su comun ruina.

Por medio de esta sabia reunion hecha por aquellos cuatro gefes, de sus medios, de su poder y de sus consejos, la ciudad de Tlascalala creció considerablemente. Los cuatro promontorios que hasta allí habian sido cuatro cortes reales, quedaron después convertidos en otros tantos barrios situados en los cuatro puntos cardinales, y la ciudad quedó en el centro, siendo un sitio de gran mercado á donde concurrían todos los pueblos vecinos para cambiar sus cosas superfluas por las que necesitaban y que producía abundantemente el territorio de Tlascalala, como granos, legumbres, algodón, telas y cochinilla. El cultivo de este insecto florecia ya allí, y su clase era la mejor del Anáhuac.

Vinieron allí á establecerse estrangeros, aun de aquellos pueblos que no habian dejado de ser sus enemigos. Algunos de estos llevaban conspiraciones urdidas para trastornar la República; pero fueron víctimas de su temeridad.

Las entradas de la ciudad confederada estaban guardadas al Oeste por cortaduras y

fosos, cuyos vestigios aun se notan: al Este por una muralla de cerca de seis millas de longitud que aun conserva algunos vestigios de sus ruinas. Las montañas *Matlacuelles* la defienden al Sur, y otras montañas escarpadas la dominan al Norte como inespugnables murallas. En la época en que las flechas de hueso, madera y piedra eran las únicas armas ofensivas, su situacion debia resistir á toda invasion estrangera. La ambicion de los reyes mexicanos y el celo de los pueblos vecinos, habian hecho á los tlascaltecas los pueblos mas belicosos y mas valientes del Anáhuac.

Su territorio no estaba ménos poblado que su capital. Todas las ciudades habian sido erigidas en una especie de *baronias*. Los barones que las región provenian de cuatro gefes, y todos juntos que formaban el gran consejo, y que elegian aquel de los gefes militares propuesto para el mando de los egércitos que siempre era el mas valiente y el mas hábil; opinaban sobre las cuestiones importantes de la República; y á semejanza de los barones

europeos de la edad media, contribuian con su contingente respectivo de hombres, de armas, provisiones &c.

Ellos eran los que administraban la justicia hasta cierto grado de competencia cada uno en su distrito; pero se proveia en la dieta, es decir ante los cuatro gefes reunidos que eran á la vez poder judicial, supremo y poder ejecutivo, para los asuntos de alta importancia y en particular para las declinatorias del *foro*. Encontraréis en estas instituciones de la República de Tlascala, multitud de semejanzas con los pueblos de todos tiempos; pero lo que asombra particularmente es que, los cuatro gefes se retiraban cada uno á su distrito en cierta época del año para administrar justicia como el pretor *Pellegrinus* y los pro-cónsules de los romanos, como los gefes de justicia de Inglaterra y de los Estados Unidos de la América del Norte, como los jueces de las cortes reales de Francia. ¡Cosa singular! Las *secciones* inglesas, las *Asises* francesas, institucion sublime cuya creacion reclaman los ingleses, se practicaban ya por

los pueblos á quienes se pintaban y se tenían como brutos cuando la Inglaterra y la Francia gemian bajo la misma tiranía (ó bajo una tiranía de la misma especie) que mas tarde vino á oprimir á los indios. Las *selle curules* en donde se colocaba *pro tribunali* en el campo; los sitios *selicti* aun existen en gran parte. Yo he visto dos de estos monumentos en el camino que de Puebla conduce á Tlascala: una cerca de la taverna *del Gato*, á diez millas de Tlascala, y la otra en Topoyaco á seis millas. Esta es una especie de *basilica* pequeña como aquella en que los pretores *Pellegrinus* administraban justicia.

En esta situacion política, civil y militar, encontró Cortés á Tlascala cuando la conquista. *Maxicaltzin* era aquel de los cuatro gefes que presidia entónces la dieta y mandaba los egércitos. Fué de opinion que se recibiese á los españoles como amigos y auxiliares formidables contra sus inveterados enemigos los mexicanos. Todo conduce á presumir que los españoles no podian ser considerados sino bajo este punto de vista, y me

veo tentado de creer que aquella historia puramente española, de las grandes batallas que los tlascaltecas les dieron, es fabulosa ó muy exagerada. ¿Y qué egército de ciento y cincuenta mil combatientes les habrian podido oponer los teochichimecas que *doscientos años antes de la conquista* no eran mas que una horda *sin terrenos ni techos*? Aunque este número no fuese tan exagerado ¿quién creeria que cuatrocientos ó quinientos aventureros, aunque estuviesen armados con todos los rayos de Júpiter y cubiertos con todos los escudos encantados, con todas las egidas de todos los tiempos antiguos y modernos, habrian podido resistir y combatir á un egército tan considerable y compuesto de hombres educados en el valor y desprendimiento de la vida, y envejecidos en medio de los combates y peligros? Estas no son mas que fanfarronadas y maravillas arrojadas al círculo de los que creen con la boca abierta. Lo repito, los españoles ayudados por el prestigio de los oráculos indianos; por el espectáculo nuevo é imponente de su llegada en palacios que volaban

sobre las aguas, ayudados por el terror que el rayo de sus cañones, los truenos de sus fusiles, los tajos de sus espadas, el resplandor de sus corazas y el monstruoso aspecto de sus caballos, imponian á los pueblos sorprendidos, ayudados por los socorros de los *zempoaltecas* de los *xocoaltecas*, de los *tlascaltecas*, y de tantos otros indios enemigos todos de Moctezuma, ninguna necesidad tenian de ser *castellanos* para hacer la conquista de México, y no hay necesidad sino de hacer un tanto cuanto uso de la razon, sobre el sitio, sobre las huellas de la tradicion y monumentos antiguos, para conocer que su historia está tan hinchada con mil exageraciones, como debilitada por las contradicciones de sus escritores. Pero dejemos las discusiones históricas. Yo no escribo una historia: me paseo, y os digo lo que al presente veo y lo que sobre lo pasado me revelan los lugares mismos. Continuemos por tanto mirando á Tlascala en sus archivos, en sus tradiciones y en su material.

Este *cabildo* (la municipalidad) conserva

todavía en sus archivos un mapa, obra de los indios, sobre tela de algodón que representa la entrada de Cortés á Tlascala. Todo parece allí pacífico, y en él se manifiestan hombres, mugeres y niños. Sin embargo, si oímos á los historiadores, verémos que era tal la consternacion de los *tlascaltecas* al aproximarse Cortés, que solo los guerreros quedaron en la ciudad, y que el resto de la poblacion corrió á esconderse en las cavernas de las montañas *Matlacueyes*. Otro mapa representa la República de Tlascala en aquella época. A trece llega el número de las ciudades dependientes, y los historiadores españoles lo han exagerado groseramente. Míranse algunos restos de los cuatro asentos reales sobre los cuatro promontorios de que ya os he hablado, y que todavía se llaman los cuatro *palacios* que se designan con los nombres antiguos de *Tepectecpac*, *Ocotilolco*. Quizá *Mitiltan* y *Tizatlan*; pero nada se encuentra en esto que dé lugar á conjeturar un formidable poder. Los restos de la muralla que defendía la ciudad al Este, por el lado por

donde llegó Cortés, son bagatelas. Algun vestigio del gran templo indica que no guardaba comparacion con la grandeza de los *teocallis* de México y de Cholula. Lo que parece cierto es que los tlascaltecas eran valientes, y que fortificados en sus montañas cuyas gargantas tenian pasos muy peligrosos al enemigo, no es extraño que hubiesen podido resistir mucho tiempo á los mexicanos. A esto debe añadirse, que tenian en su abono el celo y la enemistad que exitaban los reyes mexicanos por su ambicion y su despotismo, tanto entre los pueblos como entre los que estaban sometidos á su poder. Parece cierto ademas, que los tlascaltecas contribuyeron mucho á la conquista de México, y que aquellos á quienes ayudaron para oprimir á los mexicanos, se convirtieron igualmente en sus opresores: bastante lo merecieron.

Aquí se desliza naturalmente una reflexion: y es que los pueblos últimamente llegados al Anáhuac, y los más miserables, (los mexicanos y tlascaltecas) llegaron al mas alto grado de poder como los romanos, en el

Latium, y que como ellos, fueron en fin sometidos por los bárbaros cuya existencia no se conocia sino por los oráculos. Y los oráculos, cosa digna de notarse, jamas predijeron sino desdichas y ruina.

Os he dicho francamente y repetido con frecuencia lo que pienso de la *conquista*, sacando mis conjeturas y mi opinion del contacto con el pais, con los monumentos y tradiciones: pero en medio de mi pirronismo debo confesar que la sagacidad, la prudencia y el valor de Cortés, supieron sacar un gran partido de las circunstancias favorables que ayudaron tan poderosamente á su aventura y á su empresa.

Los tlascaltecas, despues de la conquista, eran los principales objetos de la supervigilancia española: esto se concibe fácilmente: es lo que sucede en todo tiempo á los más fuertes de los pueblos conquistados, sobre todo, si tienen titulos al reconocimiento de los conquistadores. El principio de *divide et impera* de Maquiavelo, fué empleado en seguida, y los tlascaltecas dispersos y divididos en pe-

queñas porciones, fueron enviados a *persuadir* y *civilizar* á los chichimecas, como ya hemos visto en San Luis Potosí.

Sin embargo, la *decencia* exigía que se concediesen algunos privilegios á Tlascalá. Dejósele *República* con el derecho de ser gobernada por sus propios caciques; pero bajo la soberanía española, bajo la sobrevigilancia de un superintendente español, y bajo la condición de un tributo anual.

Esta concesion me pareció un acto de política mas bien que de generosidad: contentábase así el orgullo de aquellos pueblos, y se les desprendía al mismo tiempo de toda connivencia, de toda conspiracion con los pueblos vecinos, sin abdicar la soberanía suprema sobre todo México. Además, nada eran los caciques en donde había frailes y un obispo. Este sitio fué el primero en que los españoles fijaron el primer convento y la primera silla episcopal de México.

Esta República duró mucho tiempo en tan precario estado, mas ó ménos esclava, hasta la revolucion: entónces se hizo mas pobre en sus

recursos, sin ganar cosa en la pública opinion. Durante el imperio ofreció su culto al *ídolo* con el lenguaje servil de su antigua aristocracia, y desde que reina el federalismo ha hecho los mayores esfuerzos para ser un Estado; mas el congreso general no hizo de ella sino territorio, que querria y con razon, absorverse el Estado de Puebla. Digo con razon, porque el territorio de Tlascalá está casi incrustado en el del Estado de Puebla. Sin medios, sin fuerza, sin gobierno, será con el tiempo un receptáculo de bribones que infesten á sus vecinos: sola, nada será jamás, y participaría de las sabias instituciones de Puebla si estuviese unida á su Estado.

Hoy Tlascalá no es mas que un miserable poblacho que no tiene mas recuerdos de su antiguo esplendor, sino las pobres ruinas que ya hemos visto: otros restos de los beneficios de la conquista, que un dornajo en que fueron bautizados sus primeros neófitos, la casa episcopal sin obispo, y un convento de frailes colocado sobre las ruinas del templo de sus antiguas divinidades, en donde á la verdad

nada se encuentra que inspire el respeto debido á las nuevas: una poblacion que por salir de su nulidad política, no tiene mas medios que renunciar á su soberanía para entregarse á la direccion y tutela de un Estado vecino.

Bastante tenéis ya, segun creo, acerca de Tlascalca. Como peregrino deberia yo conducirlos á su Santuario de *Ocollan*; pero vuestra santa religion y vuestra pura moral, se ofenderian al aspecto del sacrilego comercio que allí se hace de la divinidad y de la fe. La relacion de su origen fabuloso y de sus progresos mentidos, no desarrollarian á vuestros ojos sino un tizú escandaloso de imposturas, de maldades y de profanaciones que trastornan el sentido comun y exitan la indignacion. Mi pluma se resiste ya á servirme. Dejémosla descansar con vuestra paciencia que tambien lo necesita.



DÉCIMA TERCIA Y ÚLTIMA CARTA.

SUMARIO.

UNA carta de Europa.—La Policía y Monseñor Pacca, ex-gobernador de Roma.—Partido de Tlascalca.—El camino de Cortés.—Accidente tragi-cómico: aviso á los viajeros de estas comarcas.—El congreso, las autoridades y los habitantes de Puebla.—El coronel Arago y sus cartas para Europa.—Nueva y mas segura manera de viajar.—El camino de Puebla á Veracruz.—El Paso del Pinal.—Matrimonio de un cura, ó mas bien en qué consiste el matrimonio segun este cura.—Diálogo entre el cura y el autor sobre la cuestion del celibato eclesiástico: los San Pedro; los concilios y los papas: el celibato entre los antiguos: los sacerdotes de Cibeles eunucos: Gregorio VII.—El camino que siguió Cortés de Jalapa á Tlascalca.—El monte Pizarro.—Vista ó ilusion óptica de las mas curiosas.—Perspectiva imponente del gran volcan de ORIZABA y del gran cofre de Perote.—Perote, antes Xolotla.—El asiento del gran príncipe OLLMTELL; fortaleza de Perote.—Elevacion prodigiosa de las mas altas tierras de TANTAMANGA, comparada con la de las altas tierras de ANAHUAC.—Paso repentino de un clima á otro sobre la misma latitud.—Cambio en la configuracion de la tierra.—Maravillas de la naturaleza.—Cuadros encantadores.—Torrentes de lava.—Volcan desconocido y de reciente esplosion.—Vista lejana de una gran cascada.—Camino embalsamado que conduce á Jalapa.—Aventura: los periódicos del país, un proceso: el autor: un Bustamante, el jurado, el congreso y el gobernador.—Un fraile y un testamento de viuda.—El autor de criminal convertido en legislador.—La ciudad de Jalapa y sus habitantes: sus producciones.—El camino de Jalapa á Veracruz.—EL PUENTE DEL REY.—Las termóplias de esta parte de México, antes CEMPOALA.—Veracruz: en dónde estaba antes, en dónde está actualmente. la una erigida por Cortés, la otra por Monterey.—La fortaleza de Ulúa y Veracruz.—Hostilidades, bombardeo &c.—La fiebre amarilla.—Los ingleses, los anglo-americanos, los AMIGOS DE LAS LIBERTADES DE LOS PUEBLOS.—El autor y la fortaleza de Ulúa.—El autor, su caballo, un ladrón, el alcalde y el general Rincon.—Gran acueducto.—La isla de

Sacrificios, su etimología, su guarnicion &c. El rio XAMAVA.—Contrastes sorprendentes.—Escursion solitaria de cuarenta millas sobre la orilla del mar.—Alvarado: lo que era, lo que es; causas de su prosperidad.—El autor, sus cajas de minerales y el comandante de la plaza el mismo que en Tampico.—Este comandante y el general Santa-Anna en Yucatan: Biografía.—Proyecto de un gran canal á través de diversos istmos: ojeadas históricas de estos proyectos.—El istmo de GUATZACUALCO.—Los extranjeros en Alvarado.—Guerra de concurrencia.—Los franceses, los ingleses y los anglo-americanos.—Las Indias orientales y las Américas para los ingleses.—México y sus futuros destinos.—Tres grandes elementos de siniestro preludio que le amenazan todavía: opinion del autor.—Dos grandes testimonios que justifican las observaciones del autor sobre los españoles. Su adios á los mexicanos.

Alvarado, 24 de Mayo de 1829.

Há llegado el momento, segun creo, de echar el telon de mi peregrinacion en México, y el punto en donde acaba, me es mas propicio que aquel en que comenzó, porque aqui encuentro una de vuestras cartas, la del 9 de Abril del año pasado. Todo lo tenia yo dispuesto para que no se me escapara, tan preciosa es para mí vuestra correspondencia: ella es quien anima las pocas indagaciones y reflexiones que os ofrezco sobre el pais que recorro: sin el placer de escribiros y de recibir vuestras respuestas, yo abandonaria á la negligencia lo que doy á mi placer.

¡Os asombráis, condesa, de que el gobierno sepa ántes que vos el contenido de mis cartas! ¿Habéis olvidado que se han hecho espías hasta de mis penates? Mi cosinero estaba obligado á decir á su confesor y este á la policía, cuando comia yo carne ó no, y cómo me nutria en los dias de ayuno prescrito por la iglesia &c. &c., y ¿queréis que no se pregunte á mis cartas? Dejadlas leer con tal que os dejen leerlas á vos tambien. Que Mattioli haga cuantos comentarios quiera. Este *doli fabricator Epens* que no se avergonzó de acriminarme aun por mis limosnas diciendo que las hacia por *hacerme del pueblo*, es uno de aquellos monstruos de quienes Ciceron decia *é vultu nosce illos*.

Quizá van á caer mis cartas algun dia en manos del público; serán leidas por hombres racionales por buenos cristianos cuando el jesuitismo haya cesado por fin de profanar al cielo y de córromper la tierra. Entónces se juzgará si yo he defendido la causa de Dios, de las costumbres, de la virtud y de la razon contra la impiedad, la indecencia, el vicio y